

POLEMICA EN EL ATENEO

HACE UNOS DIAS...

SIN SALIDA EL CALLEJON

Los problemas de la juventud han sido siempre una fuente de fresca inspiración para los autores teatrales. No importa cuáles sean los elementos eventuales de esos problemas, hay en ellos una fuente perenne de ingenuidad y poesía —siempre que un autor sea capaz de entenderlos, interpretarlos y transmitirlos con absoluta honestidad.

Pero no fue interpretar esos problemas la verdadera intención de Sidney Kingsley cuando escribió "CALLEJON SIN SALIDA", sino sentir en el banquillo toda la estructura socio-económica de su país. En el contexto de la sociedad norteamericana de los años 30, "CALLEJON..." fue una obra de denuncia. Hoy, referida a esa misma sociedad en la perspectiva del 60, parece obsoleta, sectaria y pueril. El "CALLEJON..." encontró una salida a través de una legislación social específica que ha variado de manera sustancial el esquema que nos presenta esta obra. Claro está que hay actualmente injusticias, grandes injusticias sociales en los Estados Unidos —como en todas partes: la vida social es un forcejeo permanente en busca de la justicia, al menos allí donde el totalitarismo no ha hecho ese forcejeo casi imposible— pero aquella polarización gobierno-riqueza contra pueblo-pobreza ha sido realmente superada dentro de la peculiar manera de vivir norteamericana. Por consiguiente, hay un craso error en la "actualización" de Horacio Petterson. Se ha actualizado la forma pero no el fondo y ésta es la razón por la que este "CALLEJON..." resulta un anacronismo.

Por otra parte, si lo que tuvo en mente Petterson al realizar su "actualización" fue plantearnos, más que los problemas de una sociedad específica, los conflictos universales de la juventud contemporánea, se quedó apenas en la buena intención. Todo el conflicto gira exclusivamente en torno a la sociedad capitalista pre-rooseveltiana, como si hubiera entre ésta y la angustia existencial de los jóvenes una estrecha relación de causa y efecto.

He aquí otra crasa simplificación. El problema de los "rebeldes sin causa" impone hoy reflexiones mucho más profundas. La juventud sueca, que vive dentro de una sociedad que posee un alto índice de seguridad y de oportunidades, arroja el mayor número de suicidios y el grado más elevado de alcoholismo. Las publicaciones de la Juventud del Partido Comu-

nista Soviético se plantean angustiosamente las manifestaciones de esos mismos fenómenos dentro de la juventud rusa, después de 47 años de socialismo. Fidel Castro, al establecer en Cuba el Servicio Militar Obligatorio, se refiere al parasitismo, el alcoholismo y la vagancia entre los jóvenes. En los Estados Unidos los "beatniks" abundan entre los grupos de altos ingresos económicos. Y podríamos seguir citando casos que desbordan enteramente el planteo Kingsley-Petterson.

Es que, evidentemente, el problema tiene otras raíces: eróticas, existenciales, metafísicas. Hay que ubicarlo dentro del laberinto espiritual de nuestro tiempo —la crisis entre la religión y la ciencia, la perspectiva del aniquilamiento total, la radicalización de la pugna entre libertad y seguridad, el crecimiento explosivo de la población, los cambios en la moral familiar, la decadencia de las ideologías, la búsqueda independiente del sentido de la vida...—. Al no hacerlo así, "CALLEJON..." queda reducido a un melodrama arrabalero con pretensiones filosóficas que no van más allá de un izquierdismo de kindergarten.

En cuanto al montaje, hay que reconocerle a Petterson la habilidad para el manejo de los conjuntos y para impartirle a una obra tan pesada brío y ritmo. Personalmente no nos pareció feliz el intercalamiento de números musicales a lo "West Side Story". Sin embargo, los jóvenes actores del Teatro del Ateneo dan muestras de disciplina, vocación y chispas de talento dramático.

Angel del Cerro

DIAS DESPUES...

VUELTA AL "CALLEJON"

Parece que la mayoría de los críticos teatrales de Caracas han visto "Callejón sin Salida" con pupilas diferentes a las nuestras. En términos generales, la reacción es plaudente mientras que nosotros formulamos serias objeciones.

En síntesis, dijimos tres cosas:

—que la actualización de Peterson, de describir como de 1964 el ambiente neoyorkino de 1935, es absolutamente incorrecta y hace parecer la obra anacrónica y sectaria;

—que mientras Kingsley logró su propósito esencial, que era denunciar la estructura económico-social de su tiempo, Peterson se queda muy frustrado en su intento de penetrar según

dice Isaac Chocrón en "El Nacional", "en el mundo apasionado de la adolescencia";

—que a pesar de esos serios defectos estructurales, Peterson ha sabido dirigir muy inteligentemente a sus jóvenes actores en los cuales se nota "vocación, disciplina y talento dramático".

Debemos confesar que ninguno de los razonamientos que hemos leído —los de Chocrón, los más reflexivos cierto— han logrado convencernos de que estén erradas nuestras apreciaciones fundamentales. Sidney Kingsley no estaba realmente interesado en escrutar el mundo lírico y confuso de la adolescencia sino en elevar su voz de protesta contra la injusticia social. Lo hizo, con libertad y fuerza. Pero porque su voz y las voces de otros millones de norteamericanos se alzaron, una progresiva legislación fue puesta en marcha y los Estados Unidos modificaron de modo sustancial aquel estado de cosas. Hoy, la lucha por la igualdad racial y por superar el nivel de vida de una quinta parte de la sociedad norteamericana que vive en la pobreza, constituyen los objetivos inmediatos de esa legislación y configuran los aspectos más dramáticos del proceso social. Sobre ellos hay mucho, y muy teatral y muy iracundo que decir —y lo está diciendo otra vez el teatro: varios estrenos de la actual temporada de Broadway inciden en la cuestión racial—. Pero el opresivo antagonismo de clases, la radical separación, la impunidad de los poderosos para explotar, en connivencia con el Gobierno que describe la obra, han sido dejados atrás. ¿Qué diríamos de un drama que pintara a la Unión Soviética de Kruschev como la Unión Soviética de Stalin? Pues eso, por lo menos, puede decirse de esta descripción de los Estados Unidos post-Kennedy como si fueran aun los Estados Unidos pre-Roosevelt.

Entonces queda por ver si, como asegura Chocrón, la actualización, al adentrarse en el universo de la adolescencia, constituye una salida al Callejón obsoleto. Si esta fue la intención, la buena intención de Peterson, según se desprende también de lo que el propio director ha manifestado, hay que señalar con toda franqueza que no lo consiguió. Nada hay de universal, nada hay de trascendente en la vida de aquel grupo de jóvenes. Su alienación es, a todas luces, el resultado de las estructuras sociales y económicas bajo las cuales se asfixian. Pesan demasiado el apasionamiento, la intensidad de la denuncia. El localismo es abrumador. Nada puede hacer pensar al espectador que se trata de los problemas de la juventud más allá de unas fronteras determinadas, digamos en Caracas, en Estocolmo, en La Habana o en Moscú. Aquellos son los Estados Unidos de los años treinta y nada más.

Angel del Cerro